

La edificación de las fuerzas armadas rojas

León Trotsky

28 de noviembre de 1920

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 126-138; también para las notas. Discurso en el debate de la Comisión para la Investigación y la Utilización de la Experiencia de la Guerra Mundial de 1914-1918. El 28 de noviembre de 1920. La Comisión para la Investigación y el Aprovechamiento de la Experiencia de la Guerra Mundial de 1914-1918. Fue creada a finales de 1918, bajo la dependencia del Estado Mayor General Panruso. Además de sus trabajos sobre historia de la guerra mundial, la comisión organizó sesiones públicas sobre diferentes cuestiones militares. En la primera discusión del 21 de noviembre de 1920 fue oído el informe del camarada Vatssetis sobre el tema “La edificación de las fuerzas armadas bajo el fuego enemigo y la influencia de este factor en la estrategia”. En la segunda sesión pública intervino el camarada Trotsky sobre el ejército miliciano.)

En el debate salta a los ojos una comparación: el paralelo existente entre la edificación de nuestro Ejército Rojo y la edificación del ejército ruso durante el primer periodo de la gran guerra del norte. No hace mucho, justamente, he podido leer algunas obras dedicadas a esa época y me quedé asombrado por las semejanzas que pueden encontrarse contrastando los estadios iniciales de un proceso similar. Pedro construyó el ejército de nuevo, o casi de nuevo. Nosotros también. En el enfoque mismo de la edificación se hicieron intentos por racionalizarla, es decir, por no seguir la tradición sino aplicar la inteligencia. En este aspecto, sobre todo, la analogía es asombrosa. La tentativa de someter a la razón la nueva organización del ejército no siempre dio resultados positivos. Se cometieron grandes errores, entonces y ahora.

Conviene señalar que la analogía no es sólo entre la edificación del ejército de Pedro el Grande y la del Ejército Rojo; en general, todo el periodo de los siglos XVI-XVII, en el que se efectúa en Europa el paso a los ejércitos permanentes, tiene rasgos comunes con los tiempos actuales. La necesidad de un ejército permanente hizo posible crear un ejército regular con un aprendizaje prolongado. En sus comienzos el ejército regular parecía bastarse a sí mismo. Se adaptaron a él, se creó la táctica lineal en función de sus características.

Lo que llamaba la atención en la infancia del Ejército Rojo, de la cual aún no ha salido (su inmovilismo táctico y su miedo a ser envuelto por los flancos) era típico también del siglo XVIII. ¿Cómo explicárselo? Se explica porque el desarrollo individual (y por individuo entiendo aquí el ejército) es idéntico al desarrollo de la especie. El desarrollo del niño ofrece una imagen típica del desarrollo de toda la humanidad, sólo que a escala abreviada. En la época primitiva el hombre marchaba a cuatro patas y sólo poco a poco, a fuerza de experiencia, llegó a marchar de pie. Lo mismo sucede con la edificación del ejército. Pedro comenzó desde el principio. Nosotros también comenzamos desde el principio y recorrimos la historia del desarrollo de cualquier ejército, en general: del guerrillerismo hemos pasado, o estamos pasando, al ejército regular. Sería sumamente interesante seguir la evolución del arte militar a través de los siglos y localizar los rasgos típicos del paso de una época o siglo a otro.

Desde el punto de vista científico la comparación de nuestra época con la de la gran guerra del norte no es una comparación casual o arbitraria: tiene un fundamento científico, aunque en límites muy estrechos. Lo cual es explicable, puesto que estamos reproduciendo determinado estadio del desarrollo del ejército de Pedro. Puede encontrarse, por ejemplo, una interesante analogía en lo que respecta a los especialistas. Bajo Pedro eran extranjeros y las masas populares de aquella época temían ser

traicionadas o engañadas por ellos en todo momento. Durante la época que estamos atravesando y a consecuencia de la ruptura entre el viejo ejército y el nuevo, ha aparecido también la desconfianza, que poco a poco va extinguiéndose a medida que los nuevos jefes militares, promovidos por las mismas masas, sienten la necesidad de aprender de los especialistas y, por consecuencia, de respetarlos. Bajo Pedro los *voivodas* se pusieron a instruirse con los extranjeros y gracias a ello aprendieron a respetarlos. Podrían citarse muchas analogías de este tipo.

Paso al problema de cómo edificar un ejército en el curso mismo de la guerra. En los discursos de algunos oradores esta cuestión ha sido unida caprichosamente con la cuestión de la milicia, al mismo tiempo que la palabra “milicia” se usaba de manera totalmente arbitraria. Uno de los oradores identificó milicia con “majnovismo”. Puede encontrarse una analogía entre nuestra época y la de Pedro el Grande, pero no comprendo en modo alguno cómo puede compararse la milicia con el “majnovismo”. ¿Qué es la milicia? Si se opone al ejército regular ¿cuáles son, entonces, las características de este último? Un largo aprendizaje en el cuartel, determinada cohesión psicológica, automatismo. Puesto que en Majnó no hay nada de esto quiere decirse que estamos ante una milicia. Pero, permítanme hacerles observar que la milicia no se construye sólo según rasgos negativos sino positivos. Abordemos las cosas de otra manera. Aquí se han traído a colación cifras. Al principio había dos cuerpos de ejército; después llegaron a ser bastantes más, lo cual significa que había un material de que pudieron nutrirse. Es posible que los contingentes posteriores no pasaran por el aprendizaje de cuartel en toda su integridad, o que lo pasaron hace tiempo y se evaporó. Es decir, aquí estamos ante dos tercios de milicia. Si queréis entender la milicia en el sentido vulgar, vago, de ejército formado a toda prisa, no pasado por el cuartel, tenéis razón. En este sentido todos los ejércitos de la guerra imperialista eran milicianos, creados sobre la base demasiado limitada y estrecha del ejército regular. Pero, ¿qué queremos nosotros? Nosotros queremos crear algo totalmente opuesto: un ejército regular sobre una base milicianiana. En el ejército zarista hubo más de tres millones de soldados que se entregaron prisioneros. ¿Qué ejército regular es ése en el que una masa así se entrega prisionera? Eso no es ejército regular sino la peor forma de milicia, un rebaño amorfo con fusiles. Los mejores regimientos de las primeras series no se entregaban así, eran otra cosa. La base, los cuadros, resultaron ser demasiado reducidos y el ejército les desbordó. En la guerra mundial el límite es el agotamiento de todos los recursos de la nación.

Aquí se ha propuesto crear inmediatamente 75 cuerpos. Aún sería mejor convertir a toda la nación en ejército regular y crear otra nación para alimentar a la primera, pero son sueños irrealizables: la división del trabajo es inevitable. Unos labran la tierra, otros hacen la guerra o se preparan para ella. Alemania ha dado lo máximo, desde el punto de vista de efectivos, para el ejército. En el último año de la guerra Francia dio aún más. ¿Y qué? Incluso ese fundamento se reveló demasiado reducido y desde el comienzo de la guerra se llevó a cabo la división en tropas activas y de reserva. Algo más tarde en Francia, cuando los regimientos de reserva se foguearon y se hicieron aptos para el combate, Joffre eliminó esa diferencia. Esos regimientos de reserva constituían una masa no instruida militarmente, “milicias” en el sentido corriente del término.

A los alemanes, gracias a que disponían de mejores ferrocarriles, de mejores cuarteles y escuelas, esa “milicia” les fue mucho más útil que a nosotros con nuestra pobreza, nuestro atraso, la ignorancia de nuestros campesinos, etc.

Lo que nosotros queremos ahora es crear un ejército regular sobre la base de la milicia en tanto que sistema de educación. En relación con ello se plantea la cuestión de la preparación para la guerra exterior y la guerra interior, cuestión que en el debate ha sido examinada de manera muy esquemática. Resulta que, al parecer, nuestro Ejército

Rojo es apto sólo para la lucha interior y se precisa crear otro ejército especial para la guerra exterior. No es posible estar de acuerdo con esto. Tomemos la época de la gran revolución francesa. Su ejército se creó de manera casi idéntica a como se ha creado el nuestro. “Casi”, porque allí el cambio no fue tan profundo. La revolución burguesa, aunque radical, no destruyó más que a medias el viejo ejército, y el nuevo se formó por amalgama con las antiguas tropas de línea, y sobre la base, además, del servicio nacional obligatorio. En el primer periodo fue creado para aplastar las insurrecciones interiores, pero al mismo tiempo que se enviaban tropas para aplastar las sublevaciones de la Vendée, los ingleses desembarcaban fuerzas. Es decir, el ejército no existía sólo para hacer frente a tareas interiores. Como era de esperar, al principio de la guerra ese ejército no servía para nada. En el proceso de la lucha interior se desarrolló, se fortaleció, y después venció a toda Europa.

Naturalmente, tanto nuestro ejército como el de la gran revolución francesa, tenían que nacer en torno a un ideal. Este ideal, accesible a las élites, puede impregnar también a las capas más profundas del pueblo. Gleb Uspensky describió un tipo idealizado de viejo soldado en el personaje de Kudinich. Yo no me refiero a Chtukaturov, que se caracteriza por el automatismo mental y la extrema pobreza de sensaciones personales, pareciéndose su diario personal al de Nicolás II: “He comido, he jugado a las cartas”. Los sentimientos apenas existen. No, yo me refiero a Kudinich, que, pese a faltarle una conciencia individual, constituía, no obstante, un material excelente en manos de grandes capitanes como Suvorov. Suvorov conocía la psicología indiferenciada de los medios primitivos y así pudo realizar milagros.

Pero a medida que se desarrollaban las nuevas relaciones el ejército comenzó a descomponerse. La creación del ejército revolucionario se inicia con la guerra civil, con la revolución, al mismo tiempo que el viejo ejército se disgrega. También en América del norte la guerra civil comenzó con la construcción de un ejército. Hasta esa lucha el ejército americano no contaba con más de diez mil hombres en tropas regulares. La analogía es aleccionadora e interesante incluso en los detalles, en el contraste entre el norte y el sur reaccionario. En las condiciones naturales de la llanura y del desarrollo de la ganadería, los plantadores locales y sus servidores tenían mucho de común con los kulaks de nuestro sur, de las regiones del Don y del Kubán. Los del norte no tenían caballería y por eso al principio de la guerra los del sur tenían ventaja militar. Finalmente, los del norte aprendieron y batieron a los sureños.

Nuestra guerra civil, por su esencia, no es simplemente una lucha interior: reviste un carácter internacional. Yudénich no hubiera podido combatir de no crear un ejército parecido a las tropas mercenarias alemanas de los siglos XVI y XVII. El guardia blanco Elizarov ha contado lo mucho que le afectó el hecho de tener que verse con Yudénich conspirativamente porque los ingleses no le permitían a éste tener entrevista alguna sin la presencia del agente inglés. Yudénich no podría combatir sin ayuda extranjera: todo es extranjero en su ejército, incluso los aviadores. Si nuestra guerra no toma un carácter abiertamente internacional se debe, únicamente, a que Inglaterra no puede lanzar sus tropas contra nosotros. Se ve obligada a empujar a los finlandeses y letones, armándolos y aguijoneándolos, amenazándoles con cortarles los víveres, aislarlos del mundo, si no nos combaten. Si Inglaterra desembarcara sus cuerpos de ejército en Finlandia y Estonia, ¿se modificaría el cuadro de la guerra civil? No, sólo habría un cambio cuantitativo, tendríamos enfrente dos o tres cuerpos de ejércitos más, y la guerra sería más difícil. Pero su significación no cambiaría históricamente: seguiría siendo la lucha de las masas trabajadoras de Rusia contra el imperialismo mundial.

Hemos entrado en la época en que las diferencias entre guerras interiores y exteriores, civiles e internacionales, tienden a desaparecer. En el curso del desarrollo

precedente las vinculaciones internacionales se han extendido profundamente, el destino de los pueblos está estrechamente entrelazado. En todos los países (como ahora está sucediendo en el nuestro) la burguesía se siente fuertemente ligada a la burguesía inglesa, a la corona inglesa; al mismo tiempo no encontraréis un solo obrero inglés que esté contra nosotros: todos nos apoyan sin reservas. Este creciente apoyo universal que recibimos excluye la posibilidad de una guerra directa contra nosotros. De ahí que la guerra interior se transforme imperceptiblemente en guerra exterior.

Más arriba hemos dicho que todo ejército eficaz se asienta en un principio moral. ¿Como se expresa? En Kudinich la idea religiosa iluminaba la idea del poder zarista, el modo de vida rural, y todo ello le servía de idea moral, aunque fuera rudimentaria. En el momento crítico, cuando se había encontrado con qué reemplazarla, el nuevo Kudinich se entregaba prisionero. El cambio de idea moral implicaba la descomposición del ejército. Sólo la aparición de una nueva idea fundamental permitía construir un ejército revolucionario. Lo cual no significa que cada soldado sepa por qué se bate. Claro que no. Cuentan que un socialrevolucionario refugiado en el sur, respondiendo a una pregunta sobre cuáles eran las causas de las victorias del Ejército Rojo sobre los blancos, respondió diciendo que el Ejército Rojo sabe por lo que lucha, lo cual no significa que lo sepan todos los soldados rojos. Y ahí está el resultado: gracias a que en nuestras filas hay un gran porcentaje de hombres conscientes, que saben por qué luchan, el ejército tiene un ideal moral y obtiene victorias. En esencia, la disciplina es una coacción de la colectividad, la subordinación a ésta de la personalidad, del individuo; subordinación automática, heredada de la psicología tradicional. Pero al mismo tiempo entre nosotros hay elementos que asumen conscientemente esa subordinación, que saben por qué se subordinan. Estos elementos son una minoría, pero la minoría expresa lo que siente la masa que la rodea. A medida que penetra la idea de solidaridad en las masas trabajadoras, los elementos que no son plenamente conscientes (los cuales representan las tres cuartas partes del ejército) se someten a la hegemonía ideológica de los que expresan las ideas de la nueva época. Los más conscientes constituyen la opinión pública del regimiento, de la compañía; los otros se subordinan a ellos y así la disciplina obtiene el respaldo de la opinión general. Sin esto no hay disciplina que pueda mantenerse, y menos aún la dura disciplina de la época de transición.

Pedro el Grande construyó su capital con ayuda del garrote porque así lo exigía la situación internacional del país. Si no lo hubiera hecho el viraje general hubiera sido mucho más lento. La presión de la técnica superior del occidente provocó en los elementos más avanzados del pueblo el sentimiento de que había que espabilarse, cortarse las greñas, afeitarse la barba y aprender las nuevas formas de hacer la guerra. Haciéndose el introductor de la nueva idea moral, Pedro actuó de manera implacable. El pueblo sufrió bajo él, pero lo soportó e incluso lo apoyó por intermedio de los mejores elementos de la época. Las masas sentían confusamente que lo que estaba sucediendo era una necesidad ineluctable, y lo apoyaron. En este sentido el ejército revolucionario no se diferencia esencialmente de otros ejércitos. Siempre es necesaria una idea moral, pero con un nuevo contenido que responda a un nuevo nivel alcanzado por la humanidad.

Volviendo al sistema miliciano, lo que quiero ante todo es que no se entienda el término “milicia” como simple antítesis del ejército regular, y que será definido con más precisión. Está convenido entender por ejército regular un ejército permanente, bien organizado, instruido en el cuartel y dotado (gracias a esa instrucción) de un automatismo psicológico al que se le da enorme importancia. Inversamente, por milicia se entiende un ejército organizado apresuradamente, sin automatismo psicológico, que actúa por impulsos, o no actúa y capitula. En las guerras modernas, dado que son inevitables, las naciones no se rinden antes de haber agotado todos sus recursos económicos, morales y

físicos (en hombres). Por otra parte, el tipo de ejército regular existente hasta hoy ha caducado; durante la guerra es reemplazado por la peor forma de milicia: la forma hermafrodita que reposa sobre la antigua organización de cuadros, extraordinariamente estrecha.

Las conclusiones matemáticas hechas aquí son inevitables. Por un lado, necesitamos, como se ha dicho, 75 cuerpos de ejército. Si se forman en tiempos de paz es necesario basarlos en la producción, sin separar a la gente durante tres a cinco años de la economía, del proceso de la producción, lo cual sólo es posible vinculando el regimiento a la granja, a la fábrica, al pueblo y a la región. He ahí la idea fundamental de la organización de la instrucción, cuyo cumplimiento depende ya de nuestras fuerzas y medios y de la tregua que nos conceda la historia. Sobre la creación del nuevo ejército (llamémosle por ahora “nuevo”, ya habrá tiempo de etiquetarlo “milicia”) tendremos que trabajar entre cinco y ocho años. Durante este tiempo recuperaremos fuerzas, se mejorarán las condiciones de vida, se elevará la cultura económica, volverán a girar las ruedas de las fábricas y habrá, indudablemente, más recursos para la construcción del ejército. En esas condiciones parecerán agitaciones y disturbios.

La educación del ejército miliciano puede alcanzar el nivel medio del ejército regular. Debe comenzarse a los 16 años. En los 10-15 primeros años tendrá gran importancia la preparación premilitar y la militarización de la escuela. ¿Qué es lo que atrae de un buen ejército? La exactitud de la ejecución y la conciencia de la responsabilidad: ¡actúa a espaldas del mando como si fuera ante sus ojos! Nosotros debemos inculcar este principio en todo nuestro régimen social.

Recientemente nos visitó un ingeniero americano, discípulo de Taylor, cuyo sistema, como es sabido, está basado en el cálculo exacto del movimiento del trabajador. Como es natural, este principio sería de gran valor en el ejército, dado que, sobre él, sobre ese principio capital de toda la cultura humana (alcanzar los máximos resultados con el mínimo gasto de energía) se basa, en definitiva, toda táctica. El sistema Taylor está muy extendido en América. Pero el citado ingeniero afirma que el sistema Taylor sólo puede desarrollarse plenamente bajo un régimen socialista. He aquí la idea que hay que llevar a la técnica militar, al ejército del estado socialista. Y puesto que el enemigo nos amenaza, nosotros impregnaremos con esta idea educativa militar de precisión y prontitud en la acción toda la educación de los niños y de la juventud, militarizando (en el mejor sentido del término) el conjunto del país.

¿Qué quiere decir militarizar? Significa inculcar el sentido de la responsabilidad y, por consiguiente, crear un tipo superior de hombre culto. Se nos dirá: si la guerra viene dentro de tres años no tendremos tiempo. Creo que no hay por qué alarmarse. Si Inglaterra no puede guerrear ahora, dentro de tres años tendrá que tragarse tal plato de *kacha*¹ hirviente que todos los Lloyd George y los Clemenceau se quemarán la lengua. ¡Tendrán otras cosas que hacer que atacarnos! En pocos años una gran tempestad histórica estallará sobre el mundo entero. Es posible que en 10-15 años los países del oriente entren en guerra con el capitalismo. La cosa es problemática, pero puede suceder. Si la Entente interrumpe ahora su guerra contra nosotros obtendremos una tregua prolongada. Si nos meten en la guerra al cabo, digamos, de tres años, no tendremos tiempo de construir el ejército miliciano. Puede objetarse que en ese caso no habremos creado el ejército miliciano y habremos perdido el ejército de viejo tipo. En modo alguno.

Nosotros debemos adaptar el aparato del Ejército Rojo, sus cuadros, al marco territorial, regional. Debemos proceder a la desmovilización según un plan preconcebido, adaptado a las bases del sistema miliciano. Es decir, se tratará de seleccionar los mejores

¹ Gachas. [NDE]

cuadros, los más vigorosos y firmes, y de distribuirlos territorialmente de manera que se conviertan en cuadros de las unidades territoriales, asignándoles determinado número de ciudadanos de las correspondientes edades, a fin de que en la fábrica y en la empresa el ciudadano se sienta miembro de su regimiento. ¿Acaso puede concebirse que con nuestra pobreza actual estamos en condiciones de conservar durante cinco años un Ejército Rojo con los efectivos que hoy tiene? Naturalmente no, en ningún caso. Ningún país podría hacerlo, aunque fuera mucho más rico que el nuestro. Pero nosotros tenemos la ventaja de haber pasado ya el periodo crítico, el periodo de la revolución, y nuestros soldados desmovilizados no regresan a la vida civil como agentes de revuelta y de destrucción, tal como sucede en Inglaterra y Francia. Llegarán a los pueblos como elementos de orden, porque son soldados que han pasado por el Ejército Rojo, y pese a todas las divergencias surgidas en él han mostrado la superioridad moral de este ejército sobre cualquiera de los que anteriormente conoció Rusia.

El paso de la movilización militar al reclutamiento para el trabajo no es tan difícil. A través de los soldados desmovilizados pondremos en marcha la industria, introduciremos el servicio general obligatorio en el trabajo, asegurando que no quede sobre el papel. ¿Por qué organizamos paralelamente la instrucción general y el ejército regular? Porque nadie nos ha dicho si tendremos o no que guerrear mucho tiempo. Por consiguiente, toda la actividad del país, toda la edificación cultural, deben orientarse partiendo de una perspectiva: que, al cabo supongamos de cinco años, tendremos que hacer la guerra en todos los frentes. Quiere decirse que debemos estar preparados en todos los aspectos. En nuestras condiciones las dificultades serán, sobre todo, de carácter territorial. El país es inmenso, las vías de comunicación malas, el aparato de movilización humana débil. Quiere decirse que el enemigo puede irrumpir antes de que pongamos en pie nuestro ejército miliciano. También tenemos dificultades técnicas, pero todo ejército regular las tiene. En el estado actual de nuestras comunicaciones la movilización es tan difícil en Rusia que la operación ha sido calculada siempre en la perspectiva de que el enemigo hubiera irrumpido ya en el interior del país.

Aquí se ha evocado el nombre de Jaurès. Veamos lo que pensaba a propósito de la movilización. A los círculos gobernantes de Francia, Jaurès les decía aproximadamente lo siguiente: “Alemania está mejor preparada, en general, para la guerra ofensiva; nosotros, para la defensiva, que puede transformarse en ofensiva. En estas condiciones puede suceder que los alemanes nos invadan”. Mucho se ha escrito en la prensa sobre la violación de la neutralidad belga. Estamos ante un hecho, triste sin duda para el campesino o el obrero fronterizos, pero que desde el punto de vista de la perspectiva general de la guerra no es más que un episodio. En términos generales, decía Jaurès, hay que prever anticipadamente una línea de defensa del territorio francés; en función del ritmo de organización del ejército miliciano, éste será repartido en las diferentes regiones. Hay que calcular en cuánto tiempo y con cuántos hombres los alemanes pueden llegar a nuestras líneas. Aquí serán contenidos por los cuerpos territoriales locales, las unidades fronterizas y las milicias. Todas las otras tropas serán concentradas sobre el sector atacado. Esto es lo que aproximadamente decía Jaurès.

Aquí se ha dicho que para ciertas armas especiales se necesita una preparación más prolongada. Bajo el sistema miliciano los especialistas de ese tipo deberán pasar también por la escuela militar (llamémosla cuartel). (Que será, claro está, un tipo superior de cuartel.) Estas escuelas militares pueden ser concentradas en las zonas amenazadas. Francia no escuchó los consejos de Jaurès y aumentó la duración del servicio militar de dos a tres años. Resultó que con el servicio de tres años el conjunto del ejército experimentó un aumento de 360.000 hombres, lo cual fue considerado como muy insuficiente en relación con el propósito concebido: crear mediante ese aumento un ariete

tal que resolviera el problema de la victoria final. Francia perdió los departamentos del norte, que hubiera perdido también con otro sistema militar, pero con el sistema miliciano habría sido una pérdida prevista mientras que, en cambio, se produjo creando una situación contraria a todas las previsiones del estado mayor. Sólo la ayuda posterior de los ingleses y americanos permitió a los franceses pasar de la defensiva a la ofensiva. Lo cual demuestra que Jaurès tenía razón cuando decía a Francia que la tradicional imitación de Napoleón no respondía ni a la economía actual, ni a las concepciones políticas, ni a las posibilidades militares, ni a la situación de Francia.

Ante nosotros se plantea un problema real. Ni un solo país (y el nuestro menos que ningún otro) puede mantener un ejército regular permanente que responda a las necesidades reales de una verdadera guerra a escala mundial o europea. Y si intentase mantener un ejército semejante no obtendría más que un aborto, que al primer intento de absorber la enorme masa de los movilizados se resquebrajaría por los cuatro costados bajo el impacto de las contradicciones políticas internas. Hay que ligar entre sí el pueblo y el ejército. En el proceso de la producción hay que acercar el pueblo al ejército, al mismo tiempo que el ejército al proceso del trabajo en la fábrica y en el campo. De esta manera retornamos a la época primitiva, cuando no era necesaria la instrucción militar, cuando cada pastor y labriego cogía una estaca y marchaba al combate. Retornamos a los tiempos en que no había lucha de clases y sólo existía una familia fraternal asentada en la pobreza. Nosotros queremos hacer solidarios a todos los pueblos del mundo y unificar toda la cultura económica, técnica, espiritual. Es una tarea realizable, aunque por el momento sólo veamos los gérmenes. Hace tan sólo dos años si algún sabio hubiera previsto que Rusia iba a afrontar primero a Alemania y después a Inglaterra, el Japón y América, nadie hubiera creído en nuestra victoria. Y cuanto más tiempo pase menos probabilidades habrá de aniquilarnos.

Yo no estoy de acuerdo con Jaurès en sus perspectivas políticas. Todo el que se haya interesado por su libro² habrá visto que describe la conciliación gradual de todas las clases de la sociedad en la democracia, sin revolución, sin guerra civil: describe la socialización pacífica de la sociedad. La guerra mundial puso de manifiesto la futilidad de la democracia francesa. El zar ruso y el rey inglés hicieron lo que les vino en gana y la democracia la dejaron al margen. En una época de afrontamientos armados, los problemas no serán resueltos por el sufragio universal sino por la relación de fuerzas entre determinadas naciones y, luego, de determinadas clases. En Alemania hay sufragio universal, asamblea constituyente. Kolchak también tuvo su asamblea constituyente. Pero aquí y allí el voto formal no decide los problemas de la paz y la guerra. Nosotros disolvimos nuestra asamblea constituyente y luego, cuando aprendimos a batirnos con las armas en la mano, disolvimos también la asamblea constituyente de Kolchak. Las masas aprenden por una vía orgánica a construir su vida sobre nuevas bases.

A esta situación debemos adaptar también la organización del ejército. En su base ponemos la masa obrera, que es la más consciente; después el campesinado, comenzando por los campesinos pobres. Las nuevas ideas tienen en esas fuerzas su pilar más sólido: las masas oprimidas fueron siempre portadoras del progreso. ¿Acaso no fueron los pescadores, los pastores, los pobres, los portadores de las ideas del cristianismo, los que vencieron a las del mundo pagano? Con esos elementos comenzamos nosotros, puesto que en ellos se asienta no un ejército aristocrático, no un ejército privilegiado, sino el ejército proletario. La idea de Jaurès es justa en el sentido del acercamiento entre el trabajo y la organización militar, y es falsa en cuanto a las esperanzas de que todo ocurrirá sin revolución, mediante la unión de las masas trabajadoras (e incluso de parte de las

² Se trata del libro de Jaurès, *L'armée nouvelle*. Existe en ruso, si bien bajo una traducción malísima, con el título *Nóvaya armia*.

clases poseyentes, de las clases medias burguesas) en torno a la bandera levantada por él. El objetivo era correcto, la vía era utópica.

En la medida en que queremos crear algo coherente, dentro de los marcos del desarrollo histórico, ello no puede lograrse más que por una vía sangrienta. En el terreno de la edificación militar debemos partir de la concepción miliciana, pero entendiendo la milicia no como un objeto de fabricación casera, como guerrillerismo ignorante o insurreccionalismo, que degenera en ese “chetniquismo”³ al que pude ver de cerca durante la guerra balcánica. El “majnovismo” es idealismo en una décima parte y en sus nueve décimas restantes es bandidismo y violencia. En un lugar puede desempeñar un papel progresivo y en otro reaccionario, pero no tiene nada de común con la milicia. La milicia significa organización y control adecuados del material humano, y en la medida de lo posible reduce al mínimo la separación de las masas populares del trabajo. En esto consiste su mérito principal.

Dirán que parecida milicia no ha existido nunca, que no hay precedentes. Claro está que no hay. Pero nosotros somos pioneros en numerosos dominios, comenzamos a partir de cero en no pocas cosas. No hubo milicias de ese género, pero sí existieron sus premisas. Hemos visto cómo en las guerras civiles y en las guerras nacionales, así como en la última guerra imperialista, se crearon ejércitos permanentes en brevísimo plazo. Quiere decirse que existen las premisas históricas para la milicia; se ha elevado la cultura de las masas y esto es lo que precisamente se necesita para la milicia. Tomemos el mujik medio: ya no es un Kudinich. En los primeros tiempos Kudinich se batía con los polacos sin saber por qué; después moría en su huerta defendiendo los bienes del amo. Pero luego Kudinich se despertó. Al principio, el despertar de su personalidad se expresa en la destrucción, la aniquilación, y las mofas contra los mandos. La revolución incluía la tendencia anarquista, majnoviana, y un reflejo de ella es el despertar de la personalidad de Kudinich. Pero el Kudinich anárquico, destructor, llega un momento que choca con otro Kudinich, el Kudinich consciente. Y ahí surge la necesidad de una nueva forma de relaciones mutuas, a la cual da respuesta el socialismo: solidaridad, colaboración entre los hombres. El nuevo Kudinich se disciplina, se integra en el sistema, y soporta mal que a su lado aparezcan otros Kudinich que atraviesen el periodo de los excesos. Estos nuevos Kudinich reclaman también, ellos mismos, disciplina. Hay ejemplos de soldados que condenan a sus propios camaradas a ser azotados e incluso al fusilamiento. No es lo mismo cuando el oficial aristócrata azota al mujik que cuando cien Kudinich condenan al Kudinich ciento uno a un castigo cualquiera por haber robado pantalones. En este segundo caso se expresa la conciencia de una responsabilidad.

Sobre esta base puede crearse un nuevo ejército, un ejército miliciano, y lo crearemos. Con ese fin utilizaremos sistemáticamente los elementos del Ejército Rojo, utilizaremos la militarización del trabajo y de la escuela, a fin de que en esta enorme economía el trabajo del pueblo sea aplicado racionalmente y cada uno se sienta parte integrante de una inmensa colectividad.

El egoísmo individualista, pequeñoburgués, el espíritu mercantilista, propios a la sociedad burguesa, se manifiestan con brutal ordinareiz: cada uno se encierra en su casa y todo lo demás le tiene sin cuidado. Con el curso del tiempo el espíritu colectivista, solidario, prenderá más y más en las gentes, y al cabo de cien años nos elevaremos a un alto nivel, tanto en el aspecto material como (aún más) en el espiritual. Todo esto se logrará gracias al colectivismo, que se convertirá (por así decir) en una nueva religión. Claro está, sin misticismo. A mi parecer, en nuestra época está naciendo una nueva vinculación religiosa entre los hombres en el espíritu de la solidaridad, y con esta idea

³ Alusión al movimiento patriótico guerrillero de los chetniks, nacido en el siglo XIX en la lucha de liberación nacional contra los turcos. [NDE]

hay que impregnar el ejército, el pueblo, la escuela, la fábrica y el campo. Ahora esta idea parece utópica porque somos pobres, piojosos, miserables, y hemos de preocuparnos por cada pedazo de pan, debido a lo cual entre nosotros renacen elementos de egoísmo animal, de crueldad; pero ya pueden observarse las premisas de una cultura más elevada, más humana. Con el aumento de la productividad del trabajo se abrirán grandes posibilidades en este aspecto. Es verdad que Inglaterra nos ha agarrado por el cuello, pero no será por mucho tiempo. Los Kudinich se despiertan por doquier, en las aldeas, los pueblos, los distritos. Se suman a nosotros para llevar a cabo la obra constructiva, y nuestros hijos (que dentro de diez años serán mayores) estarán todos impregnados de las ideas solidarias.

Unificaremos la escuela y el trabajo con el ejército. Unificaremos con éste a todo género de deportes. Y construyendo la fraternidad del pueblo sobre la base de la idea de solidaridad lograremos que la idea de milicia dé, en esa amplia perspectiva, el máximo de resultados. Al mismo tiempo esa idea es para nosotros, no cabe duda, un asunto de absoluta necesidad histórica. Antes o después terminará la guerra actual y no podemos conservar un ejército como el que tenemos. Guardaremos, naturalmente, cierto número de divisiones para las zonas fronterizas.

Se dice que en tal caso conciliamos lo inconciliable, pero no es cierto. El ejército revolucionario francés estuvo basado en la amalgama con el viejo ejército real. Había diferencia en la estructura técnica pero no en cuanto a los ideales porque la Convención impregnó de un mismo espíritu a los antiguos regimientos de línea y a los nuevos, voluntarios, y de esa manera los unificó. Al cabo de un año o dos ya no había diferencias perceptibles entre unos y otros, los límites se desvanecieron.

Habría que pedir a nuestros honorables teóricos militares que elaborasen el programa militar de Rusia bajo el ángulo del sistema miliciano: movilización, línea de concentración de los ejércitos, mínimo necesario de tropas de línea durante la desmovilización, mínimo necesario de las mismas para la defensa de las fronteras, en función del peligro inmediato, distribución de las escuelas militares, de los cuarteles, concentración de los mismos según las necesidades del sistema miliciano.

He aquí cuestiones de gran importancia que requieren elaboración teórica a fin de obtener resultados prácticos.

Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es